

teatro. ¡Cómo! ¿Serian los poetas dramáticos los que descendiesen á la ignominia de santificar en sus obras una sociedad tan monstruosa? ¿Presentarian como modelo digno de ser imitado lo que debe ser el objeto de la reprobacion y anatema de los buenos? No: en una sociedad viciada bajo cualquier concepto, ó no se toma la pluma para escribir un drama, ó se escribe para combatir el vicio y el error donde quiera que se encuentren, y por autorizados que estén. Todo lo mas que puede concederse al poeta dramático es que escriba para *divertir*, pero con la condicion indispensable de no verificarlo á espensas de la moral.

¿Se entiende por costumbres el conjunto de usos, ritos, ceremonias, trages y maneras de los individuos de un pueblo, su modo particular de existir á diferencia de los demas, ó por decirlo de una vez, el carácter *histórico* de una sociedad cualquiera en época y circunstancias determinadas? En este caso bien claro es que el drama que se refiera á esa sociedad y á esa época debe ser su retrato y su copia presentando los rasgos característicos que constituyen su fisonomía particular, so pena de ofrecer á los espectadores una idealidad quimérica y sin analogía de ninguna especie con la verdad histórica: ¿pero deduciremos de aquí que el pueblo ó la época deban servir de norma al teatro, presentándolos éste como modelos á que los espectadores deben ajustar su conducta, cualesquiera que sean los vicios ó deformidades que caractericen la sociedad? De ninguna manera: lo mas que puede decirse es que el poeta dramático debe conocer perfectamente la época y el pueblo á que se refiere, si no quiere cometer en sus dramas un anacronismo imperdonable, ó confundir los usos y el espíritu dominante de un pueblo con los usos, maneras y *costumbres* peculiares de otro. En este sentido decimos que los traductores deben acomodar los dramas extranjeros á las *costumbres* del pais en que los introducen, si no quieren esponerse á que en nuestros teatros se mire como ridículo lo que en París y en Londres se mira como la cosa mas natural, atendido el particular modo de ver, y de sentir de sus habitantes, que, entre paténesis no es siempre el mas regular ni el mas justo. Pero no por eso diremos que los dramas, ora sean originales, ora traducidos, deben acomodarse á la *moral* de un pueblo relajado, adulando sus pasiones, ó haciendo el apoteosis de sus vicios. En este sentido, repetimos, las *costumbres* de un pueblo ni deben servir de *norma* al teatro, ni este debe *recibir las del público que le frecuenta*: al contrario el teatro es quien debe *dárselas*, introduciendo la moralidad donde no existe y predicando el pudor, la fidelidad conyugal, la libertad y el orden, donde elevan su frente el libertinage, el adulterio, el despotismo ó la anarquía. Mas claro el poeta recibe las costumbres del público en cuanto estas sirven para que aquel pueda formar sobre ellas los asuntos de sus dramas, dándoles el colorido de la época y la fisonomía peculiar del pueblo ó de los individuos que retrata; pero el poeta á su vez las devuelve al mismo público de quien las ha recibido poniéndole á la vista la deformidad de los vicios, las estravagancias de los hombres y los encantos de la virtud. ¿Qué contradiccion hay en esto? ¿Por qué no se ha de poder pintar la sociedad actual con todos sus colores, y reirse al mismo tiempo de sus ridiculeces, ó lamentarse de sus extravios? ¿Por qué ha de ser imposible retratar al pueblo que asiste al teatro, y al paso que se le retrata confirmarle en sus buenos principios, ó presentarle á la vista las consecuencias de sus errores, dándole una leccion provechosa? Si, pues las *costumbres* son la *norma* del teatro en cuanto el pueblo que le frecuenta le presta con su conducta asunto ó materia para formar sus cuadros, el teatro á la vez es la *norma* de esas mismas costumbres en cuanto las aplaude ó reprueba segun su índole y segun sus mayores ó menores grados de aproximacion á los extremos principios de justicia y de moral. Véanse por consiguiente perfectamente conciliados los dos extremos de recibir el teatro las costumbres del público, é introducir las en los mismos de quienes las recibe. Si nos fuera permitido hacer una comparacion bastante prosáica, pero no por eso menos exacta y perceptible, diríamos que el poeta dramático recibe de los parroquianos la trama y urdimbre como el tejedor, y despues les devuelve ámbas cosas convertidas en tela. A esto viene á reducirse el *petimusque damusque vicisim* del teatro en el asunto que nos ocupa.—Miguel Agustín Príncipe.

(D. de la Habana)

PUERTO-RICO 7 DE ENERO DE 1840.

Reales órdenes comunicadas al Excmo. Sr. Presidente, Gobernador Capitan general y Gefe político superior de esta Isla.

Ministerio de la Guerra.—Excmo. Sr.—El Sr. Secretario del

Despacho de la Guerra dice con esta fecha al Capitan general de la Isla de Cuba lo siguiente.—El consejo de guerra de oficiales generales celebrado en la Habana el 19 de Enero de este año, para fallar la causa formada al capitan afecto al cuadro de reemplazos del regimiento infantería de línea fijo de Cuba D. Nicolás de Moya por las injurias inferidas al Contralor del Hospital militar D. Vicente Gonzalez Pardo y otros excesos, pronunció la sentencia siguiente.—„Absuelve el consejo por unanimidad al enunciado capitan Moya poniéndole en libertad sin que le sirva de nota la causa que se le ha seguido; y respecto al cabo José Sanabria sufra dos meses de prision en un calabozo mediante á no haber respetado los mandatos de su superior, y que el Contralor D. Vicente Gonzalez Pardo se le amoneste para que en lo sucesivo cumpla con lo que previene S. M. en la Real orden de 17 de Mayo de 1804, y que al Fiscal que formó el proceso el mayor comandante D. Antonio Armenteros se le amoneste por las irregularidades que se han advertido en él.”—Y conformándose S. M. con la preinserta sentencia, se ha dignado á consulta del Tribunal Supremo de Guerra y Marina aprobarla en todas sus partes y mandar se haga publicacion de ella en la forma acostumbrada. De Real orden con devolucion de la causa lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos consiguientes.—Y de la propia Real orden comunicada por el referido Sr. Secretario del Despacho de la Guerra lo traslado á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 13 de Octubre de 1839.—El Subsecretario de Guerra.—Fernando de Norzagaray.—Sr. Capitan general de Puerto-Rico.

Ministerio de la Guerra.—Excmo. Sr.—El Sr. Secretario del Despacho de la Guerra dice con esta fecha al Capitan general de la Isla de Cuba lo siguiente.—El consejo de guerra de oficiales generales celebrado en la plaza de Cuba el 7 de Junio de 1838, para fallar la causa instruida en averiguacion de la conducta que observó el capitan graduado de infantería D. José María Segura, teniente veterano del batallon de Milicias blancas de Cuba y Bayamo, en los sucesos políticos acaecidos en 1837 en la ciudad de Santiago, pronunció la sentencia siguiente.—El Consejo ha absuelto de toda culpa unánimemente al citado Segura, disponiendo se le ponga en libertad desde luego con devolucion de los Reales Despachos que se le habian recogido y reintegro de los sueldos que haya dejado de percibir, sin que le sirva de nota á su buena reputacion la causa que se le ha seguido y uniéndose al proceso los documentos que obran separadamente para la debida constancia, haciéndose pública su inocencia segun lo tiene prevenido S. M. en sus Reales órdenes. Y conformándose la Augusta Reina Gobernadora con la preinserta sentencia, se ha dignado á consulta del Tribunal Supremo de Guerra y Marina aprobarla, pero haciendo entender á D. Francisco Alonso Moran, comandante interino del batallon de Milicias blancas de Cuba y Bayamo que en lo sucesivo obre con mas circunspeccion y mas instruido de ser ciertos los hechos que denuncia para obviar que ademas de padecer la reputacion de un buen oficial, como ha sucedido en este caso, se eviten las vejaciones que son consiguientes á la formacion de una causa. De Real orden con devolucion del proceso lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos consiguientes.—Y de la misma Real orden comunicada por el referido Sr. Secretario del Despacho de la Guerra lo traslado á V. E. para su inteligencia y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 15 de Octubre de 1839.—El Subsecretario de Guerra.—Fernando de Norzagaray.—Sr. Capitan general de Puerto-Rico.

Su Magestad la augusta REINA Gobernadora se ha servido dirigirme la ley siguiente:

Doña ISABEL II, por la gracia de Dios y de la Constitucion de la Monarquía española, REINA de las Españas, y durante su menor edad la REINA viuda Doña María Cristina de Borbon su augusta Madre, como REINA Gobernadora del Reino, á todos los que las presentes vieren y entendieren, sabed: Que las Córtes han decretado y Nos sancionamos lo siguiente:

ARTÍCULO 1.º Se confirman los fueros de las provincias Vascongadas y de Navarra, sin perjuicio de la unidad constitucional de la Monarquía.

ART. 2.º El Gobierno, tan pronto como la oportunidad lo permita, y oyendo antes á las provincias Vascongadas y á Navarra, propondrá á las Córtes la modificacion indispensable que en los mencionados fueros reclame el interés de las mismas, conciliado con el general de la Nacion y de la Constitucion de la Monarquía, resolviendo entre tanto provisionalmente, y en la forma y sentido expresados, las dudas y dificultades que puedan ofrecerse, dando de ello cuenta á las Córtes.